

Dr. David Turner, Mateo

Lección 10A – Mateo 23: Las últimas palabras de Jesús al establishment de Jerusalén

Bueno, saludos, amigos. Les presento la lección 10a de nuestro curso de Mateo. Les habla David Turner nuevamente.

Llegamos ahora a uno de los pasajes más solemnes del Evangelio de Mateo, Mateo 23, las últimas palabras de Jesús sobre el establecimiento de Jerusalén. Desde que nuestro Señor estuvo en Jerusalén, solo ha habido dificultades con los diversos grupos de líderes judíos, y ahora la situación llega a su punto álgido con su reprimenda por hablar como lo haría un profeta del Antiguo Testamento. Al comenzar con Mateo 23, debemos abordar algunas cuestiones contextuales.

Mateo 23 es difícil de ubicar en el argumento de Mateo. Al ser un discurso, es tentador conectarlo con los capítulos 24 y 25, como hacen muchos, como Blomberg. Pero si se conecta con Mateo 24-25, el discurso parece seguir el patrón de Mateo 13; nótese especialmente 13:34-36, que presenta una enseñanza pública inicial, que en este caso sería el capítulo 23, seguida de instrucción privada para los discípulos en los capítulos 24 y 25.

Sin embargo, las secciones públicas y privadas de Mateo 13 coinciden en género, tema y estructura literaria, mientras que existen diferencias obvias entre los capítulos 23 y 24-25 en cuanto al público (dos públicos diferentes involucrados), el contenido y el tono del material. Por lo tanto, probablemente sea mejor considerar Mateo 23 como el clímax de los enfrentamientos de Jesús con los líderes judíos en Jerusalén, que comenzaron en 21:15. Al mismo tiempo, cabe destacar que existen claras conexiones entre los capítulos 23 y 24-25, principalmente las referencias a la persecución de los discípulos de Jesús.

Compárese 23:29-36 con 24:9-13, 24:21-22 y 25:34-40. Además, la desolación del templo (capítulos 2 y 23-38) se menciona en 24:1-3 y 24:15. El regreso de Jesús (capítulos 23-39) se menciona varias veces en los capítulos 24 y 25.

Mateo 23 parece abarcar tres secciones principales. Primero, Jesús advierte a la multitud y a sus discípulos contra los errores de los escribas y fariseos en los primeros 12 versículos. Luego, denuncia a los escribas y fariseos con oráculos proféticos de aflicción por su pecado, y vincula su rebelión con la de sus antepasados.

Finalmente, dirige conmovedoras palabras de lamento a la Jerusalén rebelde, que reflejan su anhelo por ellos, así como su merecido juicio (23:37-39). Como les

expliqué en la página 39 de los materiales complementarios, al analizar el contexto literario de Mateo 23, se observa una disputa constante entre Jesús y los líderes judíos. Varios grupos se le acercan para intentar ponerlo en evidencia, hacerlo quedar mal, meterlo en problemas, etc.

He enumerado cinco de ellos: los principales sacerdotes y escribas, los principales sacerdotes con los ancianos del pueblo, discípulos de los fariseos, luego ciertos saduceos y un intérprete de la ley de los fariseos. En este pasaje, los argumentos se presentan como preguntas que Jesús les hace a Jesús, respondiendo él con citas bíblicas, parábolas y, sobre todo, preguntas que les plantea directamente. Esta sección concluye al final del capítulo 22 con una pregunta que no pueden responder. Mateo 23 también sirve como introducción al discurso escatológico de Mateo 24 y 25.

Las disputas de Jesús con los líderes religiosos de Jerusalén terminan en un impasse en 22:46. Jesús advierte entonces a sus seguidores que no sean como esos líderes en 23:1-12, y pronuncia siete oráculos de ay sobre ellos en 23:13-36. Después lamenta el destino de Jerusalén, pero abriga esperanza para su futuro en 23:37-39.

Al salir del templo, quizás recreando la partida de la gloria de la Shejiná en el libro de Ezequiel, sus discípulos le señalan con nerviosismo la gloriosa arquitectura en 24:1. En este punto, habla sin rodeos sobre la inminente destrucción del templo, y los discípulos responden con la pregunta que da origen al discurso: «¿Cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de tu venida y del fin de los tiempos en 24:2-3?». Así pues, el juicio de Jerusalén, principalmente sobre sus líderes y su templo, se justifica en Mateo 23 antes de ser predicho en Mateo 24 y 25. Es necesario reflexionar sobre Mateo 23 en el contexto de los problemas actuales, a saber, las relaciones judeo-cristianas y el antisemitismo.

Es indudable que Mateo 23 ocupa un lugar destacado en los debates sobre el Nuevo Testamento y el antisemitismo. El erudito judío Samuel Sandmel lo ha calificado como un ejemplo único e inigualable de invectiva. El comentario de Baer sobre Mateo expresa ideas similares.

Mateo presenta con gran claridad las disputas de Jesús con los líderes judíos, y estas disputas alcanzan su punto álgido con los anuncios proféticos de Jesús sobre los ayes de los líderes judíos en Mateo 23. Estas estridentes denuncias perturban a mucha gente hoy en día, pero la retórica acalorada al servicio de las disputas religiosas era bastante común en la antigüedad. De hecho, se puede argumentar que dicha retórica se utilizó en círculos judíos desde la época de los profetas bíblicos y que continuó usándose en la época del Segundo Templo, cuando diversos grupos judíos criticaron el sistema religioso de Jerusalén, en particular los grupos que dieron origen a los Rollos del Mar Muerto.

En la introducción de nuestras conferencias se ha argumentado que Mateo escribe su libro para una comunidad que aún se identifica en gran medida con la comunidad judía antes de la trágica separación entre la Iglesia y el judaísmo. Cuando Mateo escribió, el término cristianismo, entre comillas, que hoy se considera una religión separada del judaísmo, era todavía una secta de diversos judaísmos del período anterior a la destrucción del Templo en el año 70. Por lo tanto, Mateo no debe ser visto anacrónicamente como un crítico cristiano del pueblo judío, sino como un judío cristiano que participa en una vigorosa disputa intramuros, es decir, dentro de los muros, con otros judíos sobre la identidad del judío Jesús.

En otras palabras, Mateo es, podríamos decir, un judío mesiánico que escribe para intentar convencer a los judíos no mesiánicos de que Jesús es el Mesías. Y si este es el caso, Mateo no ataca a los judíos ni al judaísmo como un gentil forastero que afirma que su nueva religión ha reemplazado la anticuada religión judía. Este enfoque erróneo puede remontarse a los escritos polémicos de algunos de los primeros padres de la iglesia, pero resulta anacrónico encontrarlo en Mateo en labios de Jesús.

Por el contrario, Mateo presenta la disputa de Jesús con los líderes judíos como una crítica profética, profundamente judía, al estamento religioso de Jerusalén, que exige un retorno a los valores de la Torá. Esto no debe malinterpretarse como un ataque al pueblo judío de todos los tiempos, ni siquiera al de la época de Jesús. Más bien, la crítica rigurosa de Jesús se dirige contra ciertos escribas y fariseos prominentes en el estamento religioso de Jerusalén durante la época de Jesús.

Con estos antecedentes, pasamos a analizar Mateo 23. En el resto del esquema, en la página 38, se pueden ver tres secciones que corresponden a las tres partes principales de ese capítulo. En primer lugar, los dos modelos de liderazgo de Jesús.

Mateo 23:1 al 12 se dirige a las multitudes y a los discípulos, no a los líderes judíos con quienes Jesús había tenido conflictos. Sin embargo, los líderes siguen estando muy presentes, ya que Jesús les ordena a sus discípulos no imitar su hipocresía en 23:3b. Es muy interesante que, según lo que ha dicho en 23:2 a 3a, los líderes judíos tengan una posición legítima para guiar y liderar al pueblo de Israel.

Jesús no cuestiona su condición de líderes, pero sí ataca su hipocresía en los versículos 4 y 3b. También ataca sus exigencias opresivas en 23:4, que imponen al pueblo cuando este no las cumple. También aborda su afán por el prestigio y el poder en los versículos 5 al 7. Por lo tanto, su modelo implica mucha ostentación, prestigio y poder, muy similar a lo que Jesús mencionó en Mateo 6:1 al 18 en el Sermón del Monte.

En contraste, los discípulos de Jesús deben reverenciar únicamente al Padre y al Mesías (23:8-10). No deben andar haciendo alarde de sus títulos. Esto puede ser muy

problemático incluso hoy en día en nuestros círculos cristianos, con personas que hacen alarde de sus credenciales académicas, de sus títulos de ordenación y cosas por el estilo.

A veces, la forma en que usamos el término pastor principal me parece arrogancia y mucho orgullo. Por eso, las palabras de Jesús en 23:8 al 10 nos hablan directamente a nosotros, así como a los líderes judíos de aquella época. La comunidad de los discípulos debe imitar el modelo igualitario de la familia, no el modelo jerárquico de los líderes judíos, comparado con 20:25.

Que Jesús mismo, como su maestro o líder, practique humildemente lo que predica no se afirma aquí, pero queda claro en 20:28. Por lo tanto, tenemos la suficiente reverencia debida al Padre y a su Mesías, nuestro Señor Jesús, como para que los títulos que usemos para describirlos estén llenos de respeto y admiración. Pero la forma en que nos describimos unos a otros y la forma en que insistimos en que otros nos describan debe basarse en el modelo de simplemente llamarnos hermano o hermana, o a alguien como miembro de la familia, no en una cuestión de una gran estructura organizativa y títulos pretenciosos.

Sin embargo, a diferencia de lo que Jesús enseña, los escribas y fariseos no practicaban lo que predicaban. Esta inconsistencia es la razón por la que Jesús advierte a sus discípulos contra ellos. Jesús no ataca la legitimidad de su autoridad, sino que les dice que sigan su exposición de la Torá y la Halajá en 23:3a y 23:23.

Muchos expositores tienen gran dificultad con este punto porque asumen que la comunidad de Mateo ya se había separado del judaísmo. Pero 23:3a tiene sentido si la comunidad de Mateo aún está enfrascada en una disputa interna con los líderes del judaísmo formativo. Ahora, pasemos rápidamente a los oráculos proféticos de aflicción que Jesús pronuncia contra los líderes judíos.

Notarás que en 23:13 al 36 hay siete oráculos de ayes. De hecho, si consulta la versión King James o una traducción al inglés basada en el texto mayoritario, encontrará ocho oráculos de ayes. Sin embargo, el versículo 14 no se encuentra en muchos de los manuscritos más antiguos y podría ser una interpolación de otro pasaje.

Muchas versiones modernas no incluyen el versículo 14 como uno de los auténticos ayes de Jesús. Si omitimos el versículo 14, tenemos el primer oráculo en 23:13, el segundo en 23:15, el tercero en 23:16, el cuarto en 23:23, el quinto en 23:25, el sexto en 23:27 y el séptimo en 23:29. Al observar estos oráculos, parece que aparecen en tres pares, y los dos primeros se refieren a la relación de los judíos con los gentiles y a la cuestión de hacer prosélitos.

El segundo par, los números tres y cuatro, se relaciona con la halajá, es decir, las interpretaciones de la ley, las normas legales para la vida cotidiana. El quinto y el sexto se relacionan con la verdadera limpieza, la verdadera pureza, y finalmente, el oráculo final en 23:29 y siguientes, que realmente llega a la raíz de todo: el oráculo contra los judíos por rechazar a los profetas y la culminación de esta venida en la vida y el ministerio de Jesús. Por lo tanto, debemos analizar estos oráculos que nuestro Señor Jesús dio a la luz del contexto del Antiguo Testamento.

Así que, pensemos primero en los oráculos proféticos del Antiguo Testamento. Los profetas del Antiguo Testamento con frecuencia clamaron ayes por los pecados de Israel. Ejemplos de esto son Isaías 5:8, 11, 18, 20, 21, 22, una interesante serie de seis ayes en Isaías 5, Amós 5:18, 6:1, 6:4, Habacuc 2:6 y siguientes, una serie de cinco ayes, Zacarías 11:17, y muchos otros pasajes.

Estos oráculos hablan con una mezcla de ira, dolor y alarma sobre las terribles consecuencias que sobrevendrán a Israel debido a su pecado. Tras el anuncio del ay, contienen una descripción de las personas sobre las que recaerá. Esta descripción constituye las razones por las que el ay es merecido.

Así, un oráculo de ay establece la conclusión antes de las premisas en las que se basa. Los oráculos de ay pueden haberse desarrollado a partir de maldiciones del pacto (Deuteronomio 27:15) o incluso de lamentaciones fúnebres como Jeremías 22:18. El Nuevo Testamento incluye oráculos de ay en otros lugares además de Mateo 23.

Por ejemplo, véase Lucas 6:24-26, Apocalipsis 18:10 y algunos versículos posteriores. La literatura de Qumrán, es decir, los Rollos del Mar Muerto, también contiene numerosos oráculos de aflicción, al igual que los libros pseudoepigráficos de 1 y 2 Enoc. Incluso el Talmud incluye exclamaciones de aflicción.

Es importante notar que la actitud del profeta en los oráculos de aflicción no es simplemente de ira. Claramente, la ira del profeta ante el pecado de Israel se ve atenuada a veces por su dolor y alarma ante el terrible precio que Israel pagará por ese pecado. El profeta habla por Dios contra el pecado, y esto explica la ira.

Pero esa ira se dirige contra su propio pueblo, y esto explica el dolor. El patetismo palpable de los oráculos de aflicción se debe a la doble solidaridad del profeta. Isaías, por ejemplo, pronunció aflicción sobre sí mismo no solo por ser una persona de labios impuros, sino porque el profeta debe hablar en nombre de Dios, y al anunciar oráculos de juicio, los profetas sabían que anunciaban la condenación de su propio pueblo.

Dos conclusiones importantes se desprenden de este breve esbozo de oráculos proféticos de aflicción. En primer lugar, los pronunciamientos de aflicción de Jesús

sobre los líderes judíos no fueron innovadores. Su lenguaje severo debió resultarles familiar a los líderes judíos, dado su aparente conocimiento del Antiguo Testamento.

Dado que los líderes judíos conocían la literatura sectaria del Segundo Templo de su época, las penas de Jesús habrían sonado bastante contemporáneas. En segundo lugar, el pronunciamiento de Jesús de oráculos de aflicción no fue simplemente un ejercicio de despecho contra sus enemigos. Más bien, como se aclara en 23:37, sus palabras emanan tanto del dolor como de la ira.

Ahora bien, la acusación de hipocresía que se hace aquí. Mateo habla explícitamente de hipócritas catorce veces en su evangelio. Puedes encontrarlas en una concordancia.

En todos los siete pronunciamientos de ay de Mateo 23, menos uno, se habla de los escribas y fariseos como hipócritas, con la única excepción del 23:16. Ahora bien, la palabra hipócrita no proviene tanto de la cultura o las lenguas semíticas como del mundo grecorromano, donde describe a alguien que da una respuesta, interpreta un oráculo, imita a otra persona o representa un papel en una obra dramática. A veces, la idea de fingir para engañar está presente, pero la palabra en sí no tiene necesariamente una connotación negativa.

Pero en Mateo, los hipócritas son más específicamente aquellos que viven para el aplauso humano fugaz en lugar de la aprobación divina eterna, como se aclara en los primeros 18 versículos del capítulo 6. Los hipócritas honran a Dios exteriormente, pero sus corazones pueden estar lejos de él, 15:7 y 8. Un hipócrita finge un interés religioso sincero al cuestionar a Jesús con malas intenciones. Además, tal persona dice una cosa pero hace otra, 23:3. Por lo tanto, en Mateo, la hipocresía implica fraude religioso, una discrepancia o inconsistencia básica entre el comportamiento piadoso exterior de uno y los malos pensamientos o motivos internos. Isaías 29:13 puede ser el texto profético más importante que condena el fraude religioso.

Este pasaje fue citado por Jesús en Mateo 15, 7-9, y se refiere a los líderes religiosos de la época de Isaías. El fraude perpetrado en Isaías 29 implica palabras aparentemente piadosas y decisiones tradicionales que, en realidad, ocultan corazones alejados de Dios y planes que se consideran ocultos a la vista de Dios (29:14). Los líderes carismáticos de Isaías, los profetas, son mudos (29:10-12), y sus jueces son corruptos (29:20 y 21).

Pero a pesar de esto, las observancias religiosas externas de Israel continúan, 29:1. Jesús aplica este pasaje a ciertos fariseos y escribas que insistían en el lavamiento ritual de manos antes de las comidas, pero deshonraban a sus padres con la afirmación fraudulenta de que lo que se les podría haber dado a los padres ya había sido prometido a Dios, 15, 5. Para Jesús, esta práctica del Korbán, evidentemente sancionada por la tradición de los ancianos, violaba y dejaba de lado la ley de Dios,

15:6. Además, la práctica del lavamiento ritual de manos cometía el error fundamental de ver la impureza como proveniente de los humanos de fuentes externas en lugar de provenir de los humanos debido a un problema interno, un corazón malvado, 15:11-20. La reprimenda de Jesús a la hipocresía no solo está profundamente arraigada en el Antiguo Testamento, y hay muchos pasajes que podríamos agregar al clave de Isaías 29, sino que también es similar a las reprimendas que se encuentran en la literatura judía del Segundo Templo. Textos de los Salmos de Salomón, la Asunción de Moisés, la Regla de la Comunidad de Qumrán y la literatura rabínica posterior, el Talmud, Barakot 14b y Sotah 20c, y muchos otros pasajes abordan el tema de la hipocresía.

Así que Jesús no estaba solo en su época, incluso entre los judíos que se quejaban y criticaban la hipocresía de los líderes judíos. Ahora bien, la acusación central, y la más básica, de Mateo 23 es que Israel ha rechazado a sus profetas. Esta acusación, que se presenta en 23:29-31, es quizás la más grave de Mateo 23, ya que aborda la raíz de otros problemas que allí se enfrentan.

Si Israel hubiera escuchado a sus profetas, los fariseos no habrían impedido la entrada de la gente al reino. Si Israel hubiera escuchado a sus profetas, la casuística, los juramentos y la elevación de deberes triviales por encima de los básicos no se habrían vuelto comunes. Si Israel hubiera escuchado a sus profetas, los asuntos del corazón habrían sido primordiales, no la apariencia externa de justicia.

Pero Israel había rechazado a sus profetas a lo largo de su historia, y ese rechazo alcanzaría su terrible culminación con el rechazo de su Mesías (23:32) y sus mensajeros (23:34). Esto traería consigo la culpa de la sangre inocente derramada desde el primero hasta el último libro del Antiguo Testamento, desde Caín en Génesis hasta Zacarías en 2 Crónicas, el último libro en la versión hebrea de la Biblia. Esta no es la primera vez que Mateo señala que Israel ha rechazado a sus profetas.

La genealogía de Jesús enfatiza el exilio a Babilonia, que, por supuesto, se debe al rechazo de los profetas. El ministerio de Juan el Bautista se presenta en términos de reprensión profética, y, por supuesto, Juan es rechazado por Israel como una figura similar a Elías. Cuando los discípulos de Jesús son perseguidos, deben ser alentados porque los profetas fueron perseguidos de manera similar en 5:12.

El rechazo o recepción del ministerio de los discípulos de Jesús se describe como el de un profeta en 10:41 y 42. Observe también 25:35 a 45. Todos estos factores se combinan para dejar claro al lector de Mateo que Israel ha rechazado a sus profetas y que, al rechazarlos, Israel ha dejado de obedecer la ley de Moisés.

La acusación de Jesús de que Israel había rechazado a su profeta refleja claramente muchas acusaciones similares en el Antiguo Testamento. Pasajes como 2 Crónicas 36:15 y 16, Daniel 9:6, 9, 10, Deuteronomio 28:15 y siguientes. Ejemplos de esto, el

rechazo de Israel a sus profetas, serían el rechazo de Acab y Jezabel a Elías y Micaías, 1 Reyes 18 y 19, 1 Reyes 22, el rechazo de Amasías a Amós, Amós 7:10 al 17, y otros profetas mencionan el rechazo en los libros proféticos.

La alusión de Jesús a los asesinatos de Abel y Zacarías resume eficazmente toda la historia del asesinato de los profetas de Dios en el Antiguo Testamento, que en el texto hebreo termina en 2 Crónicas. Para estos pasajes, compárese Génesis 4 :8 y siguientes, y 2 Crónicas 24:21. El rechazo de Israel a los profetas también se enfatiza con frecuencia en la literatura judía del Segundo Templo.

El Libro de los Jubileos, el Parle Pomona de Jeremías, la obra judía del primer siglo, las Vidas de los Profetas, el Martirio y la Ascensión de Isaías, muchos de los materiales de Qumrán y bastantes otros aquí también enfatizan esto. Así pues, los oráculos de aflicción que encontramos en Mateo 23:13 al 16 son muy complejos y directos, y las denuncias quizás nos perturben un poco si estamos acostumbrados a solo el lenguaje, ya sabes, amable. Pero lo cierto es que el lenguaje que nuestro Señor usó allí se basa en el de los profetas del Antiguo Testamento y solo refleja el tipo de lenguaje que Dios les indicó que usaran contra el pueblo, los líderes de Israel.

Ahora, para concluir Mateo 23, el lamento de Jesús por Jerusalén (23:37-39) es una conclusión notablemente compasiva a su antipática denuncia de los escribas y fariseos. En este lamento, la compasión de Jesús por su pueblo y su ciudad es palpable.

Compárese 9:36 y 11:28. Otros conmovedores lamentos bíblicos, como 2 Samuel 1:17-27, Romanos 9:1-5, Apocalipsis 18:10 y siguientes, palidecen en comparación con este lamento de Jesús. Jesús se conmueve profundamente por su pueblo y su ciudad, a pesar de la vergonzosa manera en que sus líderes lo han tratado y a pesar de los terribles sufrimientos que sabe que aún le esperan.

Los cristianos de hoy deben reflexionar sobre la compasión del Señor por el pueblo judío y sobre su propia preocupación por el pueblo del Mesías, como lo hizo Pablo en Romanos 10:1. Una actitud arrogante hacia los perdidos siempre es despreciable, pero lo es especialmente cuando se trata del pueblo judío. Considere Romanos 11:16 al 24. Mateo 23:37 al 39 ilustra la misteriosa relación entre la soberanía divina y la responsabilidad humana.

La misma palabra griega se usa en 23:37 para referirse al deseo de Jesús de reunir al pueblo de Jerusalén y a su negativa a serlo. Cuántas veces quise reunirlos, pero no quisieron o no me dejaron. Otros pasajes similares que presentan la soberanía divina y la responsabilidad humana en paralelo, como 22:3 y Hechos 7:51.

Sin embargo, en Mateo 11:27, Jesús parece cumplir su propósito al revelar al Padre a quien él quiere. A pesar del juicio de 23:38, según 23:39, la condición continúa en el futuro. Es decir, la tensión continúa en el futuro.

A menos que el pueblo de Jerusalén pronuncie con fe las palabras del Salmo 118 :26, no volverá a ver a Jesús. Pero la implicación es que si bendicen al que viene en el nombre del Señor, finalmente recibirán las bendiciones del reino que han rechazado hasta ahora. Ahora, de nuevo, algo de material sobre Mateo 23 y las relaciones judeo-cristianas.

Nadie puede dudar de la severidad del lenguaje de Mateo 23 y de que castiga a ciertos líderes religiosos judíos de la época de Jesús con términos que nos incomodan enormemente a nosotros, la gente moderna y refinada. Y nadie debe negar que, a lo largo de los siglos, los cristianos han usado este lenguaje como confirmación de actitudes antisemitas y, peor aún, de inquisiciones, pogromos e incluso del Holocausto en Alemania. Pero todo esto se debe a una mala interpretación de Mateo 23 por parte de la iglesia gentil primitiva, una mala interpretación nacida de la arrogancia contra la cual Pablo nos advirtió en Romanos 11:18-21.

Irónicamente, esto se ha convertido en un malentendido tanto para los judíos como para los cristianos modernos. Quizás esta historia de malentendidos gentilizados sobre Mateo 23 pueda aliviarse en parte con, si se me permite la expresión, una comprensión judaizada, que enfatice el judaísmo de los oráculos de los ayes y la preocupación por la hipocresía y el rechazo de los profetas. Pero la comprensión intelectual descrita anteriormente caerá en oídos sordos a menos que se transmita con sensibilidad y amor.

A menos que los cristianos de hoy estén dispuestos a amar al pueblo judío y a lamentar el lamentable estado de las relaciones judeo-cristianas, como lo hicieron Jesús en Mateo 23:37 y Pablo en Romanos 9:3, hay pocas razones para pensar que los argumentos intelectuales surtan algún efecto. A la luz de la triste historia de las relaciones judeo-cristianas, los cristianos tienen mucho que aprender. El mismo Mateo 23, especialmente 23:8-12, sería un buen punto de partida para una muy necesaria revisión del carácter cristiano.

Los cristianos no deben interpretar Mateo 23 únicamente como una crítica a los antiguos líderes de Jerusalén. También pretende advertir a los discípulos de Jesús, tanto antiguos como modernos, que no sigan el ejemplo de los escribas y fariseos. Compárese con 1 Pedro 2:1. Davies y Allison tienen razón al señalar que todos los vicios aquí atribuidos a los escribas y fariseos se han adherido a los cristianos, y en abundancia.

Quienes aspiran a ser sal y luz en este mundo no llegarán a nada en su testimonio si este se ve arruinado por la hipocresía y la vanidad. Pero la integridad y la humildad

de los cristianos, modeladas según las del Mesías judío, pueden aliviar el daño causado por las actitudes y atrocidades que aún hoy deterioran las relaciones judeo-cristianas. Y ahora, resumamos Mateo 23 en algunos comentarios como transición a Mateo 24.

A la entrada de Jesús en Jerusalén, la multitud gritó: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!». Del Salmo 118, versículos 25 y 26. Ante la ira de los líderes, se pronunciaron estas palabras, pero los niños se sumaron y asintieron.

En 23:39, Jesús pronuncia juicio sobre los mismos líderes que lo rechazaron a su entrada en la ciudad. Y usa las mismas palabras que la multitud había gritado tan solo unos días antes: «Bendito el que viene en el nombre del Señor». ¿No es irónico? La rebelión pecaminosa de los líderes descrita en Mateo 23 se vuelve aún más monstruosa por su función oficial.

Son los que se sientan en la cátedra de Moisés. Este es el contexto en el que Jesús pronuncia su último discurso escatológico, el Monte de los Olivos. Este impresionante recinto del templo, embellecido y ampliado por Herodes, donde oficiaban los líderes religiosos judíos en bancarrota, será totalmente destruido por un sacrilegio desolador antes de que Jesús regrese y la nación se vuelva sinceramente a él con las palabras: «Bendito el que viene en el nombre del Señor».